



USINA
CERÁ
MICA

DICIEMBRE 2020

Andrea Lallana

Una poética de los minerales

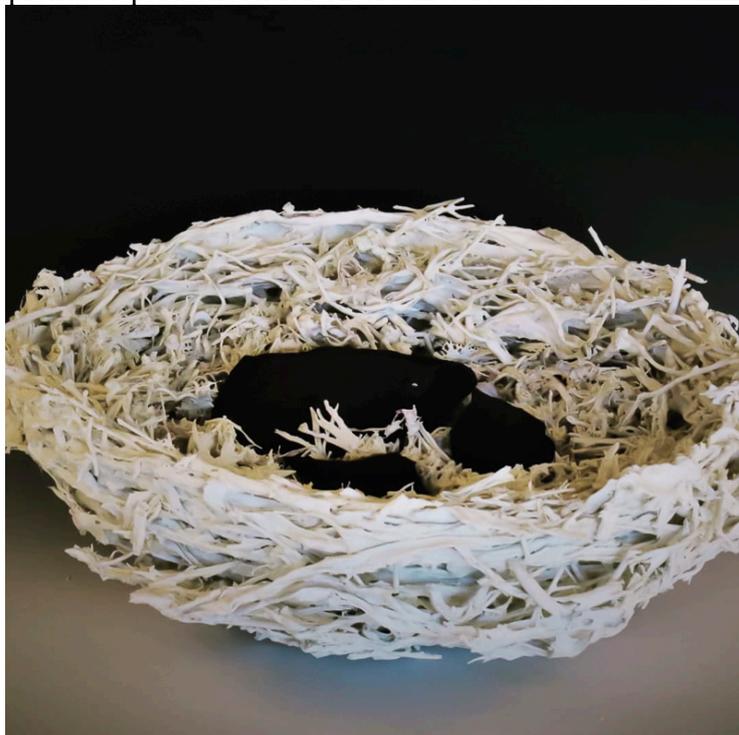


Cuando la mayoría de la gente piensa en “naturaleza” piensa en animales o en plantas. Selvas, flores, pájaros, gatos, perros, quizás algunos piensen en fauna salvaje o en paisajes con lagos o con mar. Los ceramistas somos gente especial, si nos preguntan por la naturaleza enseguida pensamos en barro, en hierro, cobre, en la fascinante geometría de los cristales, en la generosa variedad de las arcillas o en la lentitud de los feldespatos. También hay quienes como Andrea no sólo conocen estas cualidades, sino que además disfrutan del diálogo con la materialidad y se apasionan indagando las posibilidades expresivas de los minerales.



Andrea Lallana nació en Córdoba. Tras recibirse de abogada se fue a vivir a Chile, donde aprendió el oficio cerámico a fuerza de curiosidad y mucho trabajo. Tuvo un local de decoración donde primero vendió diseños de otros artesanos y después piezas que aprendió a hacer ella misma siempre junto a Diego, su marido. Andrea recuerda aquella época como un tiempo de muchísimo esfuerzo, en el que estaba obligada a producir unas 500 piezas por mes para cubrir el stock de la tienda. Días de aprendizaje y estrés en los que no podía fallar.

Entonces ocurrió un momento bisagra en su vida. Los altos costos del negocio la obligaron a cerrar y decidió cambiar. Asumió así el riesgo de tomar otro camino, de romper con lo aprendido para encontrar en esa incierta libertad un camino propio.



Hastada de la carga que le suponía la ilusión de tener todo bajo control empezó un nuevo vínculo con la arcilla, más ligado a la creación y a la docencia. Tomó clases en

Estados Unidos con la ceramista Judith Duff quien la introdujo en el wabi sabi, una filosofía japonesa que enseña a valorar lo imperfecto y a encontrar belleza en lo simple, efímero y cambiante.

Desde entonces participa con sus obras de muestras en Argentina, Estados Unidos, Italia y Japón. Con particular cariño menciona su paso por el último Simposio de Avellaneda, una experiencia que vivió de forma muy intensa. Acostumbrada al silencio de su taller en Reñaca, disfrutó como un desafío la propuesta de trabajar una semana rodeada de gente, en el clima siempre festivo propiciado por esta comunidad cerámica abierta y generosa.



Desarrolló en aquella semana una obra de su serie “De organismos minerales y otras rarezas”. Piezas de carácter orgánico en las que la cerámica no es soporte sino huella de un proceso, puro recurso poético.

Sobre este trabajo Florencia Serra (Dra. en Artes y becaria del Conicet) dijo: “Andrea Lallana se centra en la exploración de la materia. Prueba, mezcla, observa, analiza, espera, reflexiona y vuelve a probar. En este proceso va incorporando información sensorial sobre el material”. Florencia destaca con precisión quirúrgica el proceso creativo de Andrea Lallana: “... ella selecciona, decide, mezcla, genera las condiciones necesarias para luego retirarse y dar lugar a la transformación de la materia, la verdadera protagonista de la obra.”



Dos de las obras más reconocidas de Andrea Lallana nacieron a partir de convocatorias. De la consigna de trabajar sobre el blanco llegó “Mater” y de su investigación sobre el negro nació “Requiem para el bicho canasto”, dos trabajos muy conectados con su Argentina natal.

El color blanco la llevó a recordar los guardapolvos y las tizas de la escuela pública donde creció y también la conectaron con la tenacidad y el dolor de las víctimas de la dictadura. “Mater” es un pequeño pañuelo de papel porcelana que parece flotar, una pieza que desafía el equilibrio apoyado en tres frágiles puntos, un homenaje desde su oficio cerámico a la lucha de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo que ella conoció de cerca: su maestra de 1º grado, la señorita Irma Ramacciotti de Molina, fue una de las fundadoras de Abuelas en Córdoba. Una docente que después de clases buscaba incansablemente a su hija Lucía, secuestrada en 1977 cuando estaba embarazada de 4 meses.



El pañuelo blanco de porcelana llegó después de muchísimos intentos. Andrea buscaba el gesto sutil en un material casi imposible para modelar, y lo logró. “Recuerdo perfectamente esa última horneada... todas esas cabezas ahí con sus pañuelos, de verdad parecían dialogar entre ellas. Por suerte no fue una sola pieza la que logré, fueron varios pañuelos los que quedaron finalmente y la vida los ha ido desparramando por muchas partes. Quizás done alguno a la escuela donde trabajó la señorita Irma. La lucha de esa hermosa mujer inspiró mi obra y sería un lindo homenaje. A la familia nunca se me ocurrió llevarle uno, me parece que quizás sería un acto muy egocéntrico. Ellos ya tienen su pañuelo, lo han honrado toda la vida”.

Andrea admite que esta obra tan especial para ella no tuvo en Chile la aceptación que esperaba, pero que esa situación le dio una enorme lección de humildad.



“Réquiem para el bicho canasto” tuvo un derrotero distinto. Recibió una mención en el Salón Nacional de Artes Visuales de Buenos Aires.

En esta pieza Andrea demostró otra vez destreza y audacia en el manejo del material. El contorno de este bicho casi extinguido a fuerza de agrotóxicos sugiere también el contorno de una Argentina convertida en crisálida mortuoria. Un fuerte cuestionamiento desde el arte a la avaricia del ser humano, que en el afán de hacer dinero, empuja a la extinción a otra especie jugando peligrosamente con el equilibrio de la naturaleza.



“Soy muy exigente dando clases. No entiendo la autocomplacencia. Enseño lo mismo que yo descubrí en la cerámica: que las cosas tienen que tener un sentido. Que no sirve sólo decir me gusta o no me gusta. El tema es exponerse a la experiencia, a la maravillosa transformación que nos propone la arcilla. Si una pieza no ha generado algo de esta dimensión en quien la hizo, hay que pensar si es necesario transformarla en cerámica para que habite este mundo años y años, quizás por siempre. Hay que saber decir no, aunque alguien se enoje”.

"Al levantar piezas hay formas que siempre vuelven, que están en nuestro ADN. Yo las llamo formas mitocondrias, porque son tan propias de cada uno como nuestras células. Esto tiene que ver seguramente con el tamaño o la temperatura de las manos, con la fuerza de cada uno, con la forma particular de tocar que cada uno tiene... no sé, con mil cosas. Hay que trabajar mucho hasta encontrar eso: la forma única que nace sólo en nuestras manos, distinta a las otras.”

El equilibrio entre la emoción y la reflexión son para Andrea tan importantes como el hacer en sí mismo, son partes del recorrido. Y así lo expresa: “Si al final de ese camino

hay una pieza... fantástico, pero no es el objetivo. Una pieza es la consecuencia natural de un proceso, y no es necesario siempre que ese objeto se materialice. Llegará, seguro, pero es pura consecuencia de un trabajo”.

Su desapego con el objeto cerámico es parte de lo que este oficio le enseñó. Andrea Lallana reflexiona mucho sobre su hacer. Incluso se permite tiempos para otras cosas o para no hacer nada y sólo sentarse en la puerta de su taller a sentir el atardecer. Para hacer lugar, hacer vacío para que lo que tenga que llegar, llegue.

* Todas las fotos son propiedad de Andrea Lallana





